

sus elementos trágicos y épicos, su técnica y, sobre todo, las grandes pasiones que mueven a sus personajes.

La misma metodología utiliza en el estudio de *El embrujado*, deteniéndose aquí en la íntima relación entre lo trágico, lo brujeril y lo diabólico en el escenario de una Galicia rural, bucólicamente idealizada.

Comparando estas tres obras con la poética de don Ramón, González del Valle ve una perfecta coherencia, pues en ella se da una idealización de la realidad, un distanciamiento por parte del dramaturgo con respecto a sus obras y un énfasis en los elementos plásticos que contribuye a la visualización de su teatro como espectáculo.

La parte más extensa del libro está dedicada al estudio de las tres tragedias de García Lorca: *Bodas de sangre*, *Yerma* y *La casa de Bernarda Alba*. De acuerdo con su teoría dramática, García Lorca centra sus obras en las vicisitudes personales del hombre; asuntos tremendamente humanos y vitales como la pasión carnal, la frialdad, el odio, la esterilidad, la arrogancia y, sobre todo, la opresión del individuo por la sociedad. Todo ello con un profundo sentido docente, destinado a modelar la sensibilidad del pueblo que presencia sus obras.

González del Valle resalta en sus prolijos análisis la naturaleza poética del teatro lorquiano, plasmada en imágenes, símbolos, metáforas y otros recursos estéticos que envuelven la tragedia en un clima fuertemente idealizado y sugerente.

El libro se cierra con una completa y bien seleccionada bibliografía que incluye fichas sobre la tragedia; bibliografía de Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán y Federico García Lorca, en lo que concierne a las obras estudiadas en el texto, y fuentes críticas de tipo general sobre sus piezas que permiten un conocimiento más completo de estos tres escritores. Además, una lista de estudios sobre el teatro español contemporáneo y de obras generales consultadas por el autor. CARMEN VALDERREY (French, 2934-2.º 1425 BUENOS AIRES).

## REVALORIZACION DE UN ROMANTICO

JEAN-LOUIS PICOCHÉ: *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco*, Gredos, Madrid, 1978, 398 pp.

No son muchas las obras de conjunto dedicadas a Enrique Gil y Carrasco, el romántico leonés. En castellano se dispone de la vieja tesis de José Lomba y Pedraja (1915), los libros de José María

Goy (1924) y Ricardo Gullón (1951) y el prólogo de Jorge Campos en la Biblioteca de Autores Españoles. En inglés, de un estudio de Daniel Samuels (1939). El presente libro de Picoche es una reducción de su extensa tesis doctoral, en dos volúmenes, sostenida ante la Universidad de París en 1972.

La escasez de estos textos no es proporcional al interés indiciario que tiene la obra de Gil, breve y apretada, como corresponde a una vida igualmente corta (1815-1846). Casi todos los rasgos del carácter romántico se dan en ella, traducidos a la peculiar circunstancia política española que va desde la restauración de Fernando VII hasta el fin de la primera guerra carlista. Hijo de una familia de funcionarios, estudiantes en Astorga, y luego, en Leyes, en Madrid (donde no consta que llegara a abogado), su militancia en el grupo del Parnasillo y en el periodismo capitalino lo zambulle en plena onda romántica. Su biografía exterior contiene poco más. Destinado por González Bravo a la diplomacia, muere en Berlín de tuberculosis, como no podía ser menos en un hombre de su tendencia literaria.

En Gil las tensiones extremas del romanticismo se advierten con claridad, acentuándose aún la tendencia, observada por Allison Peers, hacia el eclecticismo, que es propia del movimiento en España. La principal de las polarizaciones románticas (idealidad-realidad) es sufrida por Gil con bastante elocuencia como para tomarlo como objeto de estudio ideológico. En el idealismo romántico confluyen dos componentes contrarios: el resto de revolucionarismo del pensamiento burgués y la huida ante los conflictos sociales de la propia sociedad burguesa en su fase de incipiente capitalismo industrial. El romántico que aún cree en las potencialidades revolucionarias de su clase y el reaccionario que prefiere ensoñarse con visiones de una idílica sociedad precapitalista se encuentran en el espacio de lo que convencionalmente se entiende por «romanticismo»: novelería y fascinación onírica, en un caso de dirección utópica, y en otro, de orientación retrógrada.

Junto a este idealismo, el hombre de la burguesía romántica practica, con cierta esquizoidia social, un desaforado itinerario de empresas. Es el bolsista, el empresario de ferrocarriles, el fundador de industrias, el conquistador colonial, el burócrata de partidos y gobiernos más o menos intercambiables, que se colorean de progresismo y de moderantismo, cuando no se dejan frenar ante la reacción, a pesar de haberse proclamado demócratas y aun republicanos. La extensa carrera de los compañeros de Gil, como el citado González Bravo y el duque de Rivas, son buena prueba de ello, sin excluir a quien es, tal vez, el más balzacianamente romántico de todos los

españoles, el hombre de negocios poco menos que funambulesco que llegó a marqués de Salamanca.

En Gil, la ensoñación *romántica* ante las ruínas de la feudalidad (los castillos medievales sin familias de arraigo que los habiten, los conventos románicos abandonados por los monjes que expulsó la desamortización) se combina con la lectura de los primeros socialistas utópicos, como Owen y Fourier, y un entusiasmo lírico desbordante ante el espectáculo del ferrocarril. Mientras simboliza en la Orden de los Templarios, perseguida y disuelta en el siglo XIV, a las órdenes religiosas (en la especie, con el agregado de la caballería) que dieron empuje espiritual al medievo español, propone que su comarca, a la vez que respete las ruinas con devoción a la Volney y reconstruya sus monumentos, instituya la explotación de sus minas de plata.

Otros gestos característicamente románticos diseñan la obra de Gil: la celebración del amor ideal, que ocurre fuera del cuerpo y que, finalmente, va al encuentro de la amada como de una muerta (fantasma sin corporeidad) entroncando la enfermedad y la muerte con un erotismo crepuscular y macabro; el cultivo de la novela histórica, canon impuesto por las prosas de Walter Scott y los poemas narrativos de lord Byron en el gusto europeo de la época; la complacencia por el particularismo y breves incursiones en el costumbrismo, paso obligado de la prosa romántica española; la redacción de notas de viaje (romanticismo: culto por las lejanías); la exaltación del teatro como el género por excelencia, aunque él no lo haya cultivado, sino sólo a nivel de crítica de espectáculos.

Si se tratara de dar una fórmula donde cupiera fácilmente la mentalidad de Gil, habría que recurrir a la acertada conclusión de Picoche: fue un moderado de talante conservador, tentado por las visiones heroico-místicas de una España arcaica, patentizada por sus piedras seculares. Su defensa constante de la familia como invariable célula social se entronca con su crítica a Espronceda, ortodoxo liberal, hijo de los ideales revolucionarios burgueses del siglo XVIII, que a Gil le parecen destructivos y deben ser sometidos a revisión en favor de las instituciones de la autoridad, inexcusables para la vida social. Es clave en este sentido su poema a Polonia, porque el país polaco es una fácil metonimia de España: una tierra extrema de Europa, en cuyo escenario se enfrentan las grandes potencias, aprovechando las rencillas internas que desangran continuamente a la nación. Nación católica encerrada entre luteranos y ortodoxos orientales.

Estas consideraciones que desarrolla ordenadamente Picoche en favor de una visión sistemática de Gil permiten leer con clave política sus novelas históricas *El señor de Bembibre* y *El lago de Carucedo*. En la primera no es difícil traducir una protesta contra la política anticlerical iniciada con las leyes de desamortización de Mendizábal. La elección de la época y el lugar (los comienzos del siglo XIV en Castilla) tampoco es azarosa: una reina niña y una reina regente se parecen demasiado a Isabel y María Cristina, una orden religiosa es perseguida, hay una guerra civil entre los grandes y el poder real (que puede homologarse a la que sostienen los nobles del bando carlista contra la Corona en manos cristinas).

Protagonista del romanticismo español y víctima de sus limitaciones, Gil está en el ojo de la tempestad, y nunca mejor empleado el tópico tempestuoso que en relación a un romántico. Como el resto de las realizaciones burguesas transpirenaicas, el romanticismo llega a España como un producto tardío e imitativo, sin la necesaria transición desde el clasicismo y sin la matización igualmente necesaria del costumbrismo populista del sainete dieciochesco a la crónica burguesa del siglo XIX. El escritor romántico español, por su parte, sufre una situación de aislamiento sólo comparable a la excepcionalidad y la lejanía que las grandes potencias de Europa conceden a España. No es un igual de Dumas ni de Víctor Hugo, ni siquiera su interlocutor o corresponsal. Para colmo, debe ser visto como parte de un país que los viajeros sofisticados recorren porque es el trozo de Africa que tienen más a mano.

En este sentido, la obra de Gil, en lo que tiene de costumbrismo y crónica de viajes, sirve para equilibrar un poco la imagen romántica de la España isabelina vista por los visitantes de Europa, ya que prolonga la investigación entrañable de los viajeros ilustrados y colabora a matizar los prejuicios y las rígidas imágenes preconcebidas de los escritores en rápida visita (tal vez la excepción deba hacerse con el barón Charles Davillier, porque era un hispanista convenientemente informado de antemano).

La pesquisa de Picoche es minuciosa y exhaustiva. Ha seguido la peripecia biográfica de Gil en su corto recorrido mundano y ha reconstruido con claridad su mentalidad, proyectándola a su obra literaria, de la cual no se omiten las consideraciones de forma y estilo. A la vez, permite estudiar en una muestra individual las grandes líneas, las vacilaciones y las consecuencias estéticas y políticas del desgarrado romanticismo español.—B. M.

## LEALTADES Y TRAICIONES DE LA MEMORIA

CESAR GONZALEZ-RUANO: *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, con prólogo de Manuel Alcántara, Tebas, Madrid, 1979, 671 pp.

Tal vez sea el libro de memorias el género literario por excelencia. El narrador que, en novelas y cuentos, elabora sus contenidos mnémicos y los disimula con el infinito juego de espejos del ludismo literario, cuenta en sus memorias lo que, linealmente, recuerda. Juega a no jugar. Desde luego, la memoria a secas tiene sus propias trampas, pues está rectificadada por el olvido y la idealización—en favor o en contra, hacia la luz o la tiniebla—que hace de lo pasado una continua reelaboración presente.

Hay escritores que prefieren, por ello, constatar lo que recuerdan (y olvidan). Se valen de cartas, relecturas de periódicos, anotaciones antiguas, confrontación de sus recuerdos con los ajenos, etc. En este sentido, la tarea ejemplar de reconstrucción es la de Simone de Beauvoir. La memoria personal tiende a convertirse en «memoria objetiva» de una época, como si se tratara de la deposición de un testigo, alguien «tercero y ajeno al pleito». A ello se agrega la complacencia por reactualizar, por proyectar vivencias, de modo que la crónica toma cierto novelesco sabor de rememoración libre.

César González-Ruano ha preferido, en cambio, hacer memorias «de memoria», con muy pocos apoyos documentales, sin preocuparse por imprecisiones de fechas y de acontecimientos. Su relato se ve, pues, abiertamente reelaborado por olvidos y rectificaciones idealistas de la memoria. Por ello, pueden leerse estas evocaciones como un auténtico autorretrato, que eso queda del pasado cuando el propio protagonista se recorta en el dudoso espejo del recuerdo.

En cierto sentido, CGR (1903-1966) ejemplifica al señorito pobre español de principios de siglo que, no pudiendo acreditar su hidalguía y caballerosidad con riquezas y propiedades, hace de ellas unos como tics morales, profundizados en la medida en que carecen de realidad social. «De haber existido oposiciones a pequeño propietario, hubiera estudiado hasta ganar una plaza—dice—. En realidad, yo quisiera haber vivido en una casa de piedra con capilla y, a ser posible, con cementerio propio, cerca del mar.» Liberal en cuanto tolerante, aunque antidemocrático por aristocratizante horror a la masa, así se autodefine políticamente, aclarando: «Sólo a una cierta demofilia paternalista podría llegar, si no fuera esto una pedantería,

ya que Dios no me dejó nacer príncipe, que es lo que me hubiese gustado.»

No es difícil interpretar, así, su constante preocupación, nunca satisfecha, de recobrar las formalidades de su nobleza, rastreada en infolios de antepasados, y por ingresar en la Orden de Santiago y por rehabilitar en su cabeza los marquesados de Cagigal y de la Vega de Acevedo. Tampoco es casual una obsesión antisemita, propia de la ideología de la «pureza de sangre», tan preocupante cuando uno registra ancestros que se llaman Ruano, Sota o Acevedo. CGR es de los que creen que el judaísmo es un repertorio de taras morales unidas a una determinada configuración étnica. Los ejemplos sobran: Blasco movía «mucho las manos en el aire... como un judío mediterráneo». Angel Ossorio y Gallardo era un «judiazó». Tirso de Alcalde tenía «pies planos de judío». «Moravia... judío clarísimo, no era hombre simpático... Su literatura era buena, pero desmoralizadora, morbosa y cargada hasta el exceso de esa mentalidad judía enrevesada que ama el feísmo y los interminables y cargantes laberintos del alma.» El médico de Alejandro Mac Kinlay era «un judío alemán que llegó, sin duda, a efectos de la cuenta». «Ningún pueblo ha sabido detener el tiempo como el judío. En cualquier *ghetto* de la tierra se vive como en la Jerusalén grande y fabulosa, mugrienta y eterna. En el siglo XX se ven los mismos mendigos de la antigüedad, las mismas lacras de males milenarios...» En París alquila un piso amueblado «muy a la francesa y muy a la judía; esto es, con cierta tendencia a la suntuosidad un tanto falsa...»

El aristocratismo exagerado por la falta de un *status* objetivo de nobleza y el casticismo lo llevan con facilidad, en plena adolescencia ya decididamente literaria, al dandysmo, al decadentismo tardío y, por allí, a los albores de la vanguardia. Con Francisco y Guillermo Rello, que pasean por el Madrid de 1918 y 1919 sus estrofararios indumentes, se toca con el ultraísmo, y Manuel de la Peña (*El ultraísmo en España*, 1925) lo señala como uno de los iniciadores del movimiento, junto a Gerardo Diego, Rafael Lasso de la Vega, Guillermo de Torre y Eduardo de Ontañón. El paso de una tendencia estética a otra se advierte en sus dos primeros libros: *De la locura, del pecado y de la muerte* (1919) y *Viaducto* (1920), título éste más que significativo, pues connota la pasión ultraica por la parábola de cemento armado que sobrevuela la calle de Segovia, en Madrid, como símbolo del amor futurista al bello progreso tecnológico.

La vanguardia lo lleva a otro deslizamiento de rigor: un vago izquierdismo, estetizante y apolítico a la vez, que florece en ciertos círculos intelectuales durante la Dictadura. De este izquierdismo

queda en los jóvenes vanguardistas una tendencia a adorar las revoluciones, los cambios violentos, las conmociones heroicas, sean del signo que fueren. Los años treinta darán contenido político a esta pasión revolucionaria y convertirán a los *snoobs* en fascistas o marxistas. CGR, después de colaborar en el periodismo de izquierda (*El Heraldo de Madrid*) pasa a *Informaciones*, cuando éste es propiedad de Juan March y lo dirige su primo Miguel Ordinas. En 1932, tras obtener el premio Mariano de Cavia, ingresa, a la vez, en la redacción de *ABC* y en las filas monárquicas de «Acción Española». Son los albores del *bienio negro*.

Contrariamente a lo que piensan muchos derechistas españoles, CGR, corresponsal en Berlín durante el ascenso de Hitler al poder, ve en el nazismo no una tendencia tradicionalista y retrógrada, sino «la contemporaneidad que vuelve a poner en pie, por novísimos medios revolucionarios, aquellos prestigios tradicionales que se consideran fundamento insustituible de la grandeza de la patria».

Encogido de hombros, CGR presencia, con una complacencia intelectual difícil de explicar en un escritor, cómo los nazis queman veinte mil libros, «en su mayoría pornográficos». Las fachadas de Unter den Linden se iluminan con las llamas que arrojan las novelas de Remarque, las biografías de Emil Ludwig, los estudios sexológicos de Magnus Hirschfeld, los textos de «propaganda soviética» y de «exaltación de la lucha de clases». CGR no tiene gran opinión sobre la cultura alemana de entreguerra (no hacemos nombres que el lector conoce de sobra): «Ni en el teatro ni en la literatura quedaba un rastro de elevación moral. Por todas partes se encontraba una literatura asquerosa, confundándose la simple propaganda pacifista con la continua injuria al Ejército...» CGR concluye «convencido de que lo que ardía no merecía, en realidad, mejor suerte» ... «Otros lamentarán que ardieran Remarque y Ludwig. Yo, no.»

El resto de la trayectoria intelectual de CGR permanece en esta zona política. Corresponsal en Italia durante la guerra civil, luego agregado de prensa de la embajada franquista en Roma y de nuevo corresponsal en Berlín durante los años triunfales para el Eje que abren la guerra mundial de 1939. Un novelesco episodio lo lleva a un calabozo nazi de París. El libro lo narra con el imprescindible suspenso, pero no lo explica con toda claridad. CGR se siente oscarwildeano y escribe un *pendant* de la *Balada de Reading: Balada de Cherche-Midi*.

En otros niveles de lectura, el libro es una recuperación de buena parte de los ambientes españoles de principios de siglo, sobre todo de los que estuvieron al alcance de cierta bohemia entre señoril y *lumpen* que, asociada a la inquietud literaria, nutrió buena parte

de las redacciones madrileñas y dio muchos libros al éxito o el fracaso de teatros y espectáculos del «género frívolo». Años de posguerra con bares americanos, *cocottes* francesas, exhibicionismo sexual de todo tipo, cocaína y modas yanquis, vanguardia, paseos ultrai-cos por los barrios bajos, extravagancia en el vestir y un culto regular y gregario por la vida de café, escaparate de personajes.

En estos pequeños retratos el texto alcanza sus momentos más felices (en parte debidos a anteriores libros de semblanzas del autor). Los mejores son, seguramente, los medallones de Valle-Inclán, Unamuno, Gabriel Miró, Marañón y Pérez de Ayala. No carecen de gracia algunos cáusticos y fugaces perfiles de contemporáneos: Rafael Alberti («un joven rubio que parecía una estatua que se hubiera decidido a tomar el tranvía»), Federico García Lorca («era como un chico de pueblo ordinario que se hubiera puesto un lazo de seda en el pelo y sentado frente a un piano a hacer gracias... era feo, agitanado y con cara ancha de palurdo. Vestía cursimente y presumía de ser gracioso, espiritual y mariquita del Sur») y Gerardo Diego («con esa pose o esa extraña sinceridad de atontado oficial»).

En cambio, ante los personajes de sangre real, la prosa de CGR hace invariables flexiones palatinas. Así, la amistad del príncipe alemán Luis Ferdinando es «una condecoración prendida en el alma». Ante Alfonso XIII, ya desterrado, el escritor se considera «como uno de aquellos correos del rey que atravesaban fronteras con una misión y con el alma condecorada por la confianza de su señor».

Desde luego, las actitudes políticas de izquierda son desvalorizadas, tanto desde el punto de vista social como estético. La propaganda revolucionaria tiene «un tono amenazador y, sobre todo, grosero, hijo del feísmo y de un rencor acumulado que salía por todas partes como un irrespirable humo denso...» En 1936 Madrid es «odioso, cargado de ordinariedad y de resentimiento».

El memorialista, con la voluntad de recobrar su pasado, aunque con la desgana que nace de desvalorizar casi toda su obra, deja su historia en manos de la fiel y traidora memoria, auxiliar del olvido. Lo sincero es, por fin, como dije antes, el autorretrato inocultable. Más que sus ochenta libros, de los cuales apenas perdura su biografía de Baudelaire, más que sus seis mil artículos, habitantes de laberínticas hemerotecas, más que su militancia indirecta al servicio de una virulenta derecha, también objeto de su desengaño: «No sé si el oro de Moscú será como el oro de las derechas españolas: un poco de cobre roñoso sin ninguna comprensión ni amor por las plumas que las hemos defendido».—BLAS MATAMORO (*Ocaña* 209, 14 «B», MADRID-24).